

N

O

T

A

S

>



Cabezo de la Torda

Cabezo de la Varedonda

Sierra del Señor

La Hoya de Villasecos

Rio GUADALOPE

Cabezo Gordo

Cerro del Raspador

Peña de los Organos

El Cerro Loma del Raspador

Punta de Tachada

PUEBLO Y MOLINO DE LA HERRERIA

Cabezo Cordon

Loma de la Sisa

Rio GUADALOPE

Cabezo de las Fabricas

Las Salinas

de Tronera

Cabezo de Ladrana

Loma Villariuenjo

Calzadas

Puerto de Villariuenjo

Mas de Puchoso

Peña del Rayo

Loma Corralosa

Torre Vieja

Muerta Mujer

Carro de Peñarubia

Morrón de Pinarueco

YL
YK

Sierra de Mal Burgo

La Serenilla

Loma de

Masada de la Solana
a
Nacimiento del rio Tarque

Casas de Mal Burgo

Ermita de la Virgen

Cañado de Benatanzu

Masia La Granja

La Granja

Ermita del Padre Santo

Ermita de San Cristobal

Ermita de San Cristobal

Ermita de San Cristobal

Ermita de San Cristobal

DESCUBRIMIENTO DE LAS FUENTES DEL PITARQUE

JESÚS CALVO BETÉS*

La siega propiamente dicha había comenzado con la llegada de los peones, pero los de casa, normalmente, ya habíamos iniciado la siega del trigo algún día antes. La cebada, que ocupaba mucha menos extensión que el trigo, ya se había segado unos días atrás y, algún año, incluso daba tiempo a trillar alguna parva de cebada antes de iniciar la siega del trigo. Dependía de cómo venía el tiempo cada año. Los había en que de un amarillo brillante del trigo, cuando el bochorno atacaba con fuerza, en dos días se pasaba al amarillo pajoso de la mies, ya totalmente seca, lista para segarse, situación nada deseable porque el grano se queda “fallo”. Ahora la cosecha puede esperar, relativamente, hasta que la cosechadora está disponible, pero entonces había que coger la

mies en su punto, para mayor facilidad a la hora de cortarla con la dalla y para que con el manejo no se desgranaran las espigas.

Yo iniciaba la siega con euforia, por la llegada de los peones, las comidas un tanto especiales y la dedicación exclusiva a esta tarea sin intercalar ninguna otra labor del campo. La euforia se mantenía el segundo y tercer día, pero luego el ánimo empezaba a decaer. Poco a poco el cansancio se iba acumulando, que lo notabas al sentarte por la noche en casa y caer rendido luego en la cama, pero, sobre todo, en los madrugones de las mañanas. A medida que pasaban los días el cansancio se hacía sentir como una pesada losa. Yo, el chaval del tajo, tenía ilusión en acudir al trabajo a primera hora con los peones, antes de

* Jesús Calvo Betés repartió los primeros años de su infancia entre el pueblo de Ejulve y la masada de la Solana. Aunque, como tantos otros, para estudiar el bachillerato tuvo que salir del pueblo, volvía a él en cuanto los tiempos de libertad escolar se lo permitían. Y todas esas experiencias cotidianas, esos paisajes vívidos, esos retazos de una cultura propia y ya desaparecida son, en sus palabras: “Aquellas raíces profundas que alimentaron y dieron consistencia al ser que ahora soy”. Recuerdos de unos tiempos pasados recogidos por él con el título de *Memoria de las raíces*, que el CELAN editará como libro en los próximos meses y del que les ofrecemos un avance con el capítulo que aquí se publica.

salir el sol. Algún día puede que lo hiciera pero, en general, me permitían acudir un poco más tarde, cuando el sol ya iluminaba los montes y parte de las vaguadas. El deseo infantil de salir de casa con los peones como un hombre cedía con el sueño brutal que me aplastaba. Lógicamente, a mis escasos años, se me permitía sin dificultad. El cansancio de la tarde tenía la compensación del frescor del atardecer, de la llegada a casa y el descanso.

La ilusión y esa cierta expectación con las que se había esperado e iniciado la siega iban cediendo a un deseo, cada vez más intenso, de que acabara cuanto antes. Anhelaba poderme lavar a conciencia, no las ligeras abluciones de cada mañana y al llegar a casa por la noche. Esperaba acabar cuanto antes aquel trabajo en el rastrojo desde que salía el sol hasta más allá de bien puesto y poderme dedicar a otras labores que supusieran algo de diversidad y algún ratillo de relax a lo largo del día. Algún día me enviarían al huerto a regar y me podría dar un buen chapuzón en la balsa.

Y al fin llegaba ese día. La siega prácticamente había terminado. Ya solo quedaba alguna borrega por estar la mies verosa en el momento de llegar la cuadrilla de segadores. La terminaríamos solos los de casa, y faltaba, por supuesto, la avena, que siempre llegaba días más tarde y con ella tendríamos para dos o tres jornadas más de siega.

Los peones se lavaban meticulosamente y se afeitaban, después de siete u ocho días de siega, para ir a coger el coche correo a la carretera y marcharse a Pitarque, a Villarluengo o a La Cañada. Se les pagaba lo convenido por los días que habían trabajado, se ponían ropa limpia y el dallero enfundaba con un saco de arpillera la hoja de la dalla y liaba el mango de la misma con el rastrillo plegado.

A mí, a pesar de las ganas de acabar la pesada tarea de la siega, llegados estos momentos cada año me embargaba una tenue tristeza. Excepto aquel año en que me marché con el tío Pamias a Pitarque, en el coche correo, para ver el nacimiento del río. El tío Pamias era un hombre de unos cincuenta años, algo dado a relatar hechos acaecidos y había avivado en mí los deseos de ir a ver el nacimiento del río Pitarque, tan ponderado por su espectacular y agreste belleza.

En la casilla de peones camineros de la masada de las Monjas, a eso de las tres, tomamos el correo, el Caimán, así llamado por tener este animal pintado en un costado. La carretera desciende, una curva tras otra, entre pinos, pasando el barranco de los Degollados, dejando a la derecha el corte angosto que ha practicado en las calizas el arroyo de la Pantorra. Pasamos por la pared de la Peña Parda que tuvieron que cortar los obreros al hacer la carretera a base de pico y barrenos.

Desde la Peña Parda el panorama ya se abre hacia la Hoya de Montoro, con sus bancales, masadas y masicos. Justo a la derecha, al otro lado del barranco de la Pantorra, tenemos los estratos inclinados unos cuarenta y cinco grados, alternando delgadas capas duras y blandas, y la escasa vegetación deja al descubierto la huella de la erosión por las aguas que bajan ladera abajo de la masada de los Frailes. Poco antes de llegar al hondo, a la derecha, en el lado más alejado de la Hoya, puede verse en lo alto la patente discordancia entre unos conglomerados horizontales rojizos sobre unos estratos notablemente inclinados de color totalmente diferente.

Casi en el fondo de la Hoya el coche correo toma un desvío para adentrarse, por una carretera más estrecha todavía, hasta Montoro de Mezquita. Volvemos a salir por la misma carretera y, al poco de coger la general de nuevo, cruzamos el Guada-

lope por el puente del molino de la Herreña, pasando a la otra vertiente. A medida que la carretera asciende hasta el collado se contemplan a placer los Órganos de Montoro (nombrados en la zona como “los organos”, sin acento). En el zigzagüe ascendente de la carretera se nos ofrecen diferentes perspectivas de las agujas de los Órganos como si quisieran llegar al cielo azul desde las aguas que, a sus pies, brillan en las pozas que deja entrever la vegetación de chopos y sargas. El río se abre paso, allá abajo, dejando a la derecha un impresionante cresterío calizo. Nosotros, desde el collado, lugar privilegiado para disfrutar de una última panorámica de los Órganos, iremos descendiendo por una cuesta de curvas inverosímiles hacia las orillas del río Pitarque. Muy poco más abajo cede sus aguas al Guadaloque, que verá más que duplicado su caudal. Al fondo de la escarpada ladera se ven los rojos tejados de la Fábrica Baja, pero la carretera se dirige un poco a la derecha hasta pasar junto a los muros de la Fábrica Alta, hoy transformada en hostel.

Codo a codo con el tío Pamias íbamos remontando el cauce del río, adormecidos por el calor y el ronroneo del autobús. Cuando la carretera quiere girar para cruzar el río y enfilarse la subida a Villarluego hemos de tomar el ramal que nos dejará en Pitarque. Aquí y en Montoro el coche correo tenía que efectuar estas dos entradas hasta donde la carretera muere para prestar sus servicios y regresar de nuevo a la general. A ambos lados se levantan imponentes las cuestas y después de atravesar un primer estrecho el valle se toma un alivio a la angostura ensanchándose en las tierras de la masada de Pitarquejo. Pero el alivio es fugaz ya que enseguida la carretera se cuela, compitiendo con el río, por una abertura increíble en la que solo ves agua y paredes altísimas de roca y el cielo. Muy pronto ya, nuestro final de viaje: el pueblo de Pitarque. Aquí nos apeamos

los pocos viajeros que alcanzamos nuestro destino, el conductor dejaría el correo y algún recado que llevara y retomaría seguidamente su marcha.

Camino de casa para dejar nuestro escueto equipaje, el tío Pamias me dio una vuelta por las intrincadas calles del pueblo y habló con los vecinos que encontrábamos al paso. Me sorprendió el panorama de huertos alrededor del pueblo, pero, sobre todo, el rumor constante de las aguas ya que, además del que llegaba del río, no lejano y que se apreciaba como sonido de fondo, se oía otro, más cantarín y próximo, de una acequia que serpeaba por las calles bajas del pueblo, al lado de la casa de mi anfitrión. Este rumor de aguas me acompañó toda la noche y, junto con el frescor húmedo que notaba en el ambiente, son las dos sensaciones dominantes, ambas ligadas al agua, que guardo de aquella memorable primera visita a Pitarque. Sensaciones que, junto con las apasionadas explicaciones del tío Pamias, eran un preámbulo emocionante al objetivo del viaje: llegar al nacimiento del río, al Nacimiento.

Con un rato de sol que todavía quedaba de la tarde veraniega emprendimos el camino al nacimiento. Después de las casas bajas del pueblo fuimos dejando las huertas abancaladas con el río al fondo. El valle se va estrechando y a ambos lados, sobre todo el derecho, quedan los enormes murallones de roja piedra caliza con las manchas blanquecinas de las buitreras. De vez en cuando nos sorprendían en lo alto las siluetas voladoras de los buitres que despegaban de las cornisas y, al pie del roquedal, se oía el graznido de grujillas y picarazas. Se atraviesan pequeñas acequias que conducen agua a los bancales de huerta. Hoy día muchos de estos pequeños banales están yermos y da lástima ver tantos nogales secos. Tenían entonces buena fruta, peras y manzanas sobre todo, y uvas, hasta el punto de que

algunos se hacían su propio vino. Había también buenos higos y alberges. Poco a poco íbamos dejando las huertas con sus paredes sujetas por las raíces y los troncos de los latoneros, sus nogales, chopos y frutales. Atravesamos alguna ladera más soleada y seca donde crecen la billomera, los agrillos, las aliagas y el espliego. Adentrándote en el valle, más umbrío, encuentras avellanos, fresnos y arces. Se pasa por la puerta de la ermita de la Virgen de la Peña y por el Salto, una minicentral hidroeléctrica, teniendo siempre a la izquierda el fondo del barranco desde el que sube el fragor de las aguas del Pitarque, casi siempre oculto por abundante vegetación de ribera. Antes de llegar al Salto el tío Pamias tomó la determinación de dejar la senda habitual y subir un poco por la ladera con idea de acceder al canto de la acequia que llevaba el agua a la central. Así, según él, ganábamos un poco de tiempo, íbamos llaneando por el borde de la acequia y el camino adquiriría más emoción porque, en un momento dado, la acequia está prácticamente excavada en el escarpe de roca y el caminante tiene que pasar agachado pisando la pared de la acequia hecha de obra, con el techo rocoso encima. La vuelta la hicimos por abajo y la senda atravesaba a veces chorros y pequeñas cascadas del agua que escapa de la acequia, hasta llegar al formidable tubo por el que se precipita el agua a la turbina de la central.

Caminando por la acequia se desemboca necesariamente en el azud que toma las aguas muy poco más abajo del propio nacimiento. En época estival, como en la que íbamos nosotros, es posible pasar a la otra orilla del río aprovechando los pilotes del azud, saltando de uno a otro. Cuando baja mucha agua no es posible y es necesario seguir la senda que abandonamos para cruzar el río por un pequeño puente.

De repente, el lugar se vuelve sobrecogedor. Los espectaculares farallones y las ca-

prichosas esculturas de la roca modeladas por la erosión, que durante todo el camino hemos tenido a ambos lados, quedan empequeñecidos por las impresionantes oquedades y las enormes rocas de las cuales brota el agua viva. A un lado está la famosa chimenea, formación de toba que ha ido dejando el agua que surge de la piedra caliza al caer desde varios metros hasta el suelo. Aquí y allá se ve salir el agua por agujeros en la pétreo pared. Subiendo hacia la izquierda vemos el agua que se retiene y luego cae nada más haber salido de la roca y, al otro lado, entre grandes bloques y grietas, solo se oye el fragor del agua que pugna por aflorar. Y, recién nacidas, las aguas se remansan en un estanque cristalino, donde las truchas se extasían bajo los rayos del sol o corren velocísimas a esconderse entre las piedras. Remontando los enormes bloques de piedra que cierran la cabecera del valle es sorprendente comprobar que el barranco está seco. Todo el potente caudal nace aquí, entre los bloques calizos. En los mapas, no obstante, veremos una línea azul siguiendo hacia arriba, la rambla de Malburgo, hasta más allá de Fortanete, alcanzando el barranco Zoticos. Otros mapas más avisados, algo antes de llegar al nacimiento del río Pitarque, esta línea azul la ponen discontinua.

Contemplamos el paraje de piedra y agua que salta bullidora y al poco se remansa para dejar patente su cristalina pureza. En cualquier resquicio brota un chopo, una sarga, un rosal silvestre... Debajo del azud la pared rocosa forma una ligera concavidad de color rojizo. Entre los bloques sorprendidos de las rocas van precipitándose las aguas y nosotros cambiamos de orilla por el pequeño puente para regresar ahora por la senda convencional. Todo el valle está en sombra y solo los picos se ven iluminados por el sol, que les hace una última caricia de despedida. Sintiendo el húmedo frescor de la ribera, inmersos en

la abundante y variada vegetación, con el murmullo continuo de las aguas que caen de piedra en piedra y con los trinos de aves diversas que buscaban su acomodo nocturno, el tío Pamias y yo descendíamos la estrecha senda. Íbamos dejando el angosto valle del nacimiento vigilados por gigantescas efigies rocosas y acantilados cortados a pico. La Peña Rubia aparecía a nuestra derecha más rojiza que nunca, iluminada por los rayos del sol poniente. A medida que el valle se abre un poco tenemos de nuevo los bancales de los huertos

y, más abajo, el caserío de Pitarque con sus fachadas blancas y sus tejados rojos en desorden.

El día, repleto de emociones inusuales, se cerraba con la cena en casa de mi anfitrión. Durante la noche, ya en la cama y entre sueños, escuchaba el cabrilleo incesante del agua en las acequias del pueblo y el retumbar del río como continuo sonido de fondo. Por la mañana no tendría que descuidarme para tomar de nuevo el Caimán y volver a la Solana.